sus raíces, ramas y yemas totales, como producto de la tierra en que nada falta ni nada sobra para su destino.

AUGUSTO SACOTTO ARIAS,
Quito, Ecuador.

ENRIQUE MOLINA, *Las cosas y el delirio*.—Buenos Aires, Editorial Sud-americana, 1941.

En *Las cosas y el delirio*, Enrique Molina —premio Martín Fierro en 1941— nos da una poesía poderosa. Al reunir muchos detalles vívidos, por lo general desunidos, ha podido crear en cada poema la impresión de pesimismo, de incertidumbre o de tristeza. Se nota una melancolía contemplativa y casi resignada en “Esos reflejos solitarios...” y una brutalidad atormentada en “Descenso al olvido” y en el número seis del grupo titulado “El día y la noche”. “Las cosas” son las cosas de la naturaleza, fuertes y permanentes; “el delirio” es la vida humana, o la mente humana, endeble, temporal e incierta. La naturaleza parece tener la solución al problema de la vida humana, pero “no es bueno de los hombres preguntarlo”. A veces los detalles desunidos aparecen como se ven las cosas en un sueño, y el lector se siente perdido en el mundo sonámbulo que el poeta ha creado. Por todo el libro se halla la preocupación de la muerte. Casi todos los poemas tratan de un cadáver real o imaginado. Le gusta al poeta imaginarse las sensaciones de los ahogados en el fondo del río o de los cuerpos enterrados debajo de la tierra. A menudo abusa de los detalles excesivamente naturalistas. Otras veces le gusta imaginarse que su cuerpo se derrite. Cuando está tendido en la cama, le parece que sus miembros se licúan y su cuerpo se disuelve.

Las imágenes de Enrique Molina no tratan las cosas convencionalmente bellas, sino muchas veces objetos ordinarios o aun repugnantes, vistos con una mirada nueva e imaginativa. Y su maestría mayor está en el dominio atrevido de la adjetivación:

He ahí el extraño río, con su corona de perezosas músicas
y líquidas canciones;
con sus verdes lluviosas espaldas y la pesada barba;
cruzando bajo los puentes ateridos,
moviendo los hombros majestuosos,
mientras empuja con sus fluviales, taciturnas manos,
las goteantes barcazas;
viendo pasar —monótono— sus obstinados ojos de petróleo.

Puede decirse también que sus símbolos favoritos son los propios de la vida de un puerto: el mar, el río, el viento, la lluvia, la niebla, las orillas, los muelles, los barcos, las palomas y los ahogados. Siempre se percibe en el fondo de la poesía de Enrique Molina la ciudad de Buenos Aires, como un escenario vivo y rico.

A veces asoma la sospecha de que la brutalidad de la vida actual ha inspirado la melancolía del poeta. Hay aquí un poco de la impaciencia de la juventud que quiere tomar parte en la política y en la guerra, o la incertidumbre de los hombres frente a los problemas difíciles de la vida, que imparte a su estilo el carácter peculiar y agónico de la vida moderna.

Es interesante reparar en Enrique Molina una ternura nostálgica en las alusiones a su niñez y a las caricias de su madre. Se encuentra particularmente en "Remota infancia", pero también se encuentra de vez en cuando en otros poemas. Hay cierta semejanza a D. H. Lawrence, como en algunas otras características en que asoma tenuemente el recuerdo del novelista y poeta inglés.

Es probable que los dos mejores poemas del libro sean "La ribera" y "Folletín pasional entre las lluvias", por sus emociones poderosas y su lenguaje. "Dibujos en la niebla" tiene unas pinturas encantadoras:

¿Quién olvida un entierro por los campos,
atravesando túmulos de lechosas magnolias? ...
¿Quién olvida el disuelto país, con nidos húmedos en los
faroles,
con las veletas rotas, con ausentes gentecillas muertas
conversando en las calles;
el delgado país que se ve entre la niebla, desde la alta
ventana,
o que quizás nunca se ha visto?

En "La habitación del tiempo" hay unos versos lindos y tiernos, que recuerdan un poco a Neruda:

Decías: "Eres tú quien puede verme
con mis pequeños pechos y mi risa
llegar a tu costado en el tañido
de la sombra nocturna.
He visto verdes lluvias como bosques.
He visto al tiempo, con sus viejas alas,
volar alrededor de calmos muertos,
helando sus imágenes de greda.
Aquí estoy con el sueño y el deseo.
Gastada de palabras y desnuda;
prisionera en mi carne, en su declive;
viendo temblar mis manos en lo extremo
de mi ser, como espesas mariposas."

Siempre está presente la influencia de *Residencia en la tierra*, como en "La ribera":

Mira las dulces casas con olor a pescado
acercarse y tender sus blancas redes,
mordidos sus peldaños por los pasos del viento.

Míralas acudir con sus humeantes farolas,
con sus graciosas cortinillas marítimas,
a la sombra del ronco río,
bajo su copa de fluyente ramaje.

"Elegía", "Recuerdo el olor de la hierba" y el número catorce de "El día y la noche", son poemas de gran finura. Pero el libro es desigual. Sin embargo, como primer libro de un poeta joven, es notablemente acabado. La poesía es melodiosa y robusta. Su fino sentido de sonoridad y cadencia anuncia a un nuevo gran poeta argentino. La clave de su estilo, de su mensaje, se halla en los versos finales del primer poema, en "Mientras corren los grandes días": "Entonces mi corazón lleno de idolatría se despierta temblando"...

HELEN L. SEARS,
University of Minnesota.